

*R.P. José Aldunate L., S.J.
Profesor de Teología Moral de la
Facultad de Teología, Univ. Cat.
de Chile.*

TEOLOGIA Y RECONSTRUCCION

El terremoto destructor de las provincias del Sur ha removido la conciencia nacional. Nuevas y urgentes necesidades han surgido para los 2.386.000 habitantes de la zona afectada. Pero, sobre todo, se ha puesto más al descubierto la miseria y el atraso en que vivían esos nuestros conciudadanos. El accidente momentáneo ha revelado el estado crónico de enfermedad y debilidad que sufre Chile. Todos reconocen que la reconstrucción no podrá limitarse a restablecer la situación anterior. Deberá ir mucho más allá, y dar finalmente a las provincias del Sur las condiciones de todo orden de vida humana que hace tiempo vienen necesitando urgentemente.

Y no solamente esto. Fuera de las consideraciones morales, las mismas condiciones económicas para una reconstrucción han hecho comprender la solidaridad de toda la nación. El extranjero podrá ayudar. Pero en último término es Chile quien ha de reconstruir a Chile. Y no solamente ha de ser todo Chile sujeto o agente de la reconstrucción, sino también habrá de ser todo Chile objeto de la reconstrucción. Porque todo el cuerpo del país está enfermo y no sólo el miembro accidentado, y hay que revitalizar todo el cuerpo para que ese mismo miembro reciba de él la salud.

El sentimiento de la nación se ha conmovido ante la magnitud del desastre. En un momento vibró todo Chile y nos sentimos unidos todos en el sufrimiento común y en un impulso por hacer algo y ayudar. Hubo hermosos gestos de desprendimiento y generosidad. Pero hace falta ahora que ese sentimiento e impulso se solidifiquen en una convicción profunda y una voluntad resuelta y perseverante de sacrificio y cooperación. La reconstrucción será obra de años y el sordo egoísmo de individuos y colectividades tiende a imponerse, pasados los primeros entusiasmos. Se impone por tanto la tarea de crear leyes e instituciones que habrán de encauzar los esfuerzos todos hacia la obra común de crear un nuevo Chile.

Este llamado del momento histórico que vivimos ha provocado, en los dirigentes responsables, en los círculos intelectuales y centros universitarios un esfuerzo de reflexión. Ha habido foros y se ha publicado estudios en diversas revistas. Aquí quisiéramos indicar brevemente cuál es el aporte de la Teología para la reconstrucción.

Alguno podrá tal vez extrañarse: ¿Qué podrá aportar la Teología para este orden temporal en que se mueve la reconstrucción? Alguna contribución a la moralidad pública, pero escasamente algo más directamente relacionado con la planificación económica de la obra.

Sin embargo, tiene la Teología el derecho y el deber de intervenir y aportar una contribución fundamental para la orientación de la reconstrucción misma económica de Chile.

TECNICA Y RECONSTRUCCION

La economía se ha definido como la ciencia de los medios, la que estudia la mejor utilización de los medios escasos. Sea de esto lo que fuere, no le compete al economista señalar los fines últimos de la actividad económica. Esta es función del político, en el amplio y noble sentido de la palabra, del hombre que mira el bien común nacional en toda su amplitud y sabe precisar sus condiciones. El máximo rendimiento económico, por ejemplo, no puede ser la norma última de las inversiones públicas ni determinar su punto de aplicación. La prosperidad económica es sólo parte del bien común, y la parte ha de subordinarse al todo.

Bien sabemos que la palabra "política" tiene un sentido peyorativo que le han merecido los que han puesto las miras en el bien particular del grupo o del partido, por encima del bien nacional. Este abuso del partidismo y otro fenómeno que advertimos en la actualidad y que podríamos clasificar como una desconfianza frente a las "ideologías", está llevando al hombre de postguerra a lanzarse en brazos de la *técnica*. El gran peligro de hoy es el de la tecnocracia. No pueden ser los técnicos los que gobiernan el mundo, ni puede la dirección suprema de la reconstrucción entregarse al hombre técnico.

Conviene que nos detengamos un poco en este punto. Pongámonos en el punto de vista de ciertos hombres prácticos y ejecutivos. Dirán: las "ideologías" dividen; las luchas ideológicas gastan energías en discusión y esterilizan para la acción. Hay que volver a un sano realismo. Nos podremos entender en el terreno de las realidades prácticas. La ciencia experimental, con sus adquisiciones comprobadas, nos señalan la ruta segura. Hoy estamos en la edad de la técnica. Del campo físico y biológico, la técnica extiende su dominio al campo económico, pedagógico y social. Llegará el momento en que podrá dirigir las naciones y el mundo.

Es muy peligrosa esta manera de pensar. Aquí el hombre abdica de su hegemonía sobre el mundo y se remite a las leyes ciegas de la materia. No las domina sino que se deja dominar por ellas. Es un desconocimiento práctico de la naturaleza espiritual del hombre y de la primacía del pensamiento. Entonces, el mismo progreso técnico, incontrolado, se hace peligroso y hasta catastrófico para el hombre, como una corriente desbordada. Y uno se pregunta si no será preferible la misma lucha "ideológica", con la consiguiente pobreza material si se quiere, en que el hombre sabe por qué vive y por qué muere, a ese enajenamiento de la vida humana, hecha "robot", a esa muerte del hombre bajo el peso aplastante de la materia.

El técnico es ante todo hombre, o debe serlo. En la medida en que dejara de serlo y se volviera puro técnico, llegaría a ser un peligro para la humanidad. Pero normalmente no existen tales monstruos como el "homo faber" o el "homo oeconomicus". Sin embargo, no podemos menos de advertir que una educación como la nuestra, tan poco humanística en el verdadero sentido de la palabra, con la acentuación puramente técnica en la Universidad, tiende a crear personalidades mutiladas en su plena integración humana.

Pío XII, en los últimos años de su pontificado, cuando se trataba de otra reconstrucción, la de la nueva Europa de postguerra, consagró lo principal de sus esfuerzos a prevenir contra una mística de autorredención a través de la organización técnica, desconociendo el mundo de las ideas y de los valores.

En su Mensaje de Navidad de 1952 afirma: La humanidad no puede "esperar la salvación únicamente de los técnicos de la producción y organización". Ciertamente, reconoce el Papa, que una cierta organización es necesaria y la empresa industrial moderna ha llegado a felices resultados, pero la vida de la sociedad no puede construirse a la manera de una gigantesca máquina industrial, so pena de suprimir toda responsabilidad. Los "cálculos cuantitativos" no bastan para hacer vivir la sociedad. Hoy día se corre el peligro de que "el Estado moderno llegue a ser una inmensa máquina administrativa". Y entonces se acelera el proceso de despersonalización. El remedio fundamental está en volver a descubrir el sentido verdadero de la persona humana y de la solidaridad de los pueblos. Esta solidaridad no puede ser el resultado de la coacción, sino que procederá de la "acción eficaz de la conciencia". Todo esto se aplica tanto al problema de la inversión de los capitales en orden al bien común, como a la explotación de las empresas.

En Navidad de 1953, vuelve Pío XII sobre el mismo tema. En sí mismo, el progreso técnico viene de Dios y conduce a Dios. Pero si el espíritu técnico llega a restringir la actividad del hombre al solo campo material, todo el progreso actual corre el peligro de causar a la humanidad un daño inmenso. ¿En qué consiste este espíritu técnico? "Se considera, dice el Papa, como un valor supremo el hecho de obtener el mayor provecho de las fuerzas y elementos de la naturaleza". Si tal espíritu predomina, necesariamente perturbará, no solamente la vida personal de los trabajadores, desconociendo su dignidad, sino también las relaciones entre los hombres. "Si la técnica llegara a dominar sin control, la sociedad humana se transformaría en una masa incolora, en algo impersonal y esquematizado". Esta forma de materialismo iría hasta hacer insolubles los problemas fundamentales, de la paz y del orden mundiales (1).

La Teología no se opone a la Técnica, pero la quiere subordinada a los valores superiores de cultura y religión.

PAPEL DE LA FILOSOFIA Y TEOLOGIA

Aclaremos desde luego los conceptos. Por filosofía no entendemos una vana especulación, una construcción puramente ideológica, una proyección de ideas sobre las realidades. La verdadera filosofía, la filosofía perenne, parte de las realidades, las penetra con la inteligencia, descubriendo su significado. Y conforme a la naturaleza del ser, traza las normas del obrar. El filósofo es el pensador que descubre la naturaleza del hombre, de la sociedad, y de las cosas, señala a cada cosa su valor y jerarquía e indica consiguientemente las normas para el obrar humano, por las que el hombre realizará plenamente su destino.

Al filósofo, al pensador, al hombre de visión, al estadista y político en el amplio sentido de la palabra, al que sabe abarcar toda la realidad encerrada en ese microcosmos que es el hombre (destino trascendente — plenitud espiritual — exigen-

(1) Referencias sacadas de Calvez et Perrin, *Eglise et Société Economique*, Aubier, Paris, 1959, págs. 132-4. Los Mensajes de Navidad de 1952 y 1953 en *Acta Apost. Sedis*, 45 (1953), págs. 33-46 y 46 (1954), págs. 5-16, respectivamente.

cias de convivencia social — condicionamiento biológico y económico), a éste le corresponde señalar el objetivo y el fin de la reconstrucción.

Hay quienes desconfían sistemáticamente del filósofo, del estadista. Es decir, desconfían de la razón humana cuando ésta quiere elevarse por encima de las comprobaciones experimentales o de los datos estadísticos. Ya indicamos cómo esta actitud es insostenible. No todas las realidades son reducibles a experimentación o a medida cuantitativa y aun en éstas, será siempre la inteligencia la que dirige, interpreta y da su significado a lo percibido.

Es cierto con todo que la inteligencia tiene sus grandes debilidades. ¡Cuántas limitaciones, errores, aberraciones! La historia de las ideas y de la filosofía lo demuestra palmariamente. La explicación última de esto, habría que buscarla en la Teología y sus dogmas sobre la creación del hombre y el pecado original. Pero la inteligencia humana ha encontrado un apoyo en la revelación de Dios, objeto de la Teología.

La Teología ilumina las realidades que escudriña el hombre pensador, con una luz: la luz de Dios. Dios ha hablado y nos ha enseñado sobre todo lo que se refiere a la naturaleza y destino del hombre, punto central de la especulación filosófica. El hecho mismo de la Encarnación, de un Dios-Hombre, abre una nueva perspectiva para mirar al hombre y a todas las realidades terrestres.

Esta luz fulgurante sostiene la débil luz de la inteligencia del hombre que quiere comprenderse a sí mismo y al mundo que lo rodea, para labrarse su destino. La filosofía que con humildad ha querido ayudarse de esta luz trascendente, se ha visto de hecho preservada de los grandes errores en que han caído las elucubraciones puramente humanas.

Y no solamente esto, sino que también aporta la Teología conocimientos sobre el hombre y sobre su destino sobrenatural que nunca hubiera podido conocer.

El teólogo que entiende del Dios-Hombre, Cristo, y sabe que “en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles... todo fue creado por El y para El... y todo subsiste en El” (San Pablo a los Colosenses I, 15-17), este teólogo, algo tiene que decirnos en consecuencia sobre el hombre y sobre todas las cosas. Y hablará con la autoridad irrefragable del que profiere verdades reveladas por Dios, Verdad suma.

Esta verdad revelada, cuya depositaria es la Iglesia, lejos de oponerse a las verdades de razón, las confirma y las preserva de todo error. La verdad no puede contradecir la verdad. Por esto el Teólogo puede entenderse perfectamente con el Filósofo —han de colaborar y complementarse mutuamente— y la doctrina social de la Iglesia es una luz que todo el mundo que cree en los valores del espíritu humano podrá comprender... es un faro para todas las naciones.

TEOLOGIA Y RECONSTRUCCION

Aplicando estos principios al problema económico-social que plantea la reconstrucción, le corresponderá a la razón, iluminada por la fe, señalar a los técnicos los fines y objetivos de la reconstrucción.

El objeto, la meta de la reconstrucción es *el hombre*, en la complejidad única de su ser, espiritual y material; más concretamente, el pueblo chileno, cada chileno,

dentro de la necesaria coexistencia y cooperación con los otros pueblos. El hombre es algo más que "un factor" de reconstrucción. En último término, no se trata de la reconstrucción de viviendas, caminos, industrias y puertos, sino de la reconstrucción del hombre chileno.

Y al hombre hay que tomarlo en toda su integridad, con su dignidad personal, con su destino trascendente, con sus exigencias sociales de una comunidad humana en que pueda vivir y realizarse.

El hombre no es solamente una fuerza económica, que busca en su actividad económica la satisfacción de sus necesidades biológicas, sino ante todo un ser espiritual y libre que busca en el campo mismo económico la expresión de una necesidad espiritual de libertad, creación y comunión.

La economía es el terreno en que el hombre despliega sus potencialidades, domina a la naturaleza, imprime en ella su sello personal, y sobre todo, por mediación de las cosas materiales, se pone en comunicación con el otro yo, su semejante, y en ese diálogo adquiere más plena conciencia de la dignidad de su propio ser espiritual.

Ese reconocimiento mutuo, por el que el hombre reconoce en el otro una persona, igual que él en dignidad, sujeto de derechos que hay que respetar, ha de ser una norma constante que presida toda la actividad económica. Es lo que se ha llamado "justicia social".

Cuando se dice por tanto que la reconstrucción ha de orientarse hacia la realización en Chile de una mayor justicia social, se subraya simplemente la finalidad humana que ha de ser su norma última.

Esta norma de justicia social impone en el campo económico ciertas condiciones a lo que Jean Yves Calvez ha llamado "estructuras fundamentales de la vida económica". Podemos enumerar las siguientes estructuras: satisfacción de las necesidades — propiedad — trabajo — capital — precio y mercado — empresa — estado.

No es del caso, en este breve artículo, explicar cuáles son todas esas condiciones (2). Todas, en último caso, se refieren a la salvaguardia de la dignidad personal del hombre. Indiquemos con todo, a modo de ejemplo, alguna que otra de las condiciones que impone, a ciertas estructuras, la doctrina teológica del hombre.

Entre las necesidades del hombre, por ejemplo, hay que establecer una jerarquía, y no olvidar que una de las más fundamentales es la necesidad de libertad.

La distribución de la propiedad ha de ser tal que asegure a la mayor parte posible ese *mínimum* de espacio vital para su libertad personal, su autonomía racional, su vida familiar. Aquí no pueden dominar exclusivamente criterios de mayor rendimiento económico (en el sentido estrecho de la palabra).

(2) Puede verse la obra antes referida de Calvez et Perrin. El Centro de Investigación y Acción Social "Roberto Bellarmino" ha conducido este año un Curso de Doctrina Social de la Iglesia en que se estudió a fondo esta materia. No podemos dejar de mencionar además la contribución que viene prestando la U.S.E.C. (Unión Social de Empresarios Católicos) para orientar los criterios en lo económico-social. En ella precisamente colaboran teólogos y empresarios. Se ha ocupado en particular, con ocasión del sismo, de los problemas inherentes a la planificación y reconstrucción; ha realizado foros y redactado los principios básicos respectivos.

Las condiciones del trabajo han de ser tales que tiendan a asegurar en el mismo trabajo una "expresión de la persona humana" (Mons. Montini, *Carta a la Semana Social de España*, 18 de abril de 1952). El trabajo ha de ser ennoblecedor para el trabajador.

Y así podríamos seguir por éstas u otras estructuras económicas...

Estas no son condiciones o exigencias sociales extrañas a la política económica, que habrá que conciliar mal que mal con los "postulados económicos..." y llegar en último término a alguna transacción de prudencia política. No. No hay tales "postulados económicos" que se opondrían a exigencias basadas en una Teología del Hombre. La verdad no puede oponerse a la verdad, y, a una Teología que fuera verdaderamente objetiva, no puede contradecir una indicación económica verdaderamente orientada hacia el hombre, fin de la economía.

Y así, posee el Teólogo una sensibilidad particular, por decirlo así, o una capacidad de percepción o punto de vista peculiar, que lo capacita para analizar y juzgar los procedimientos de orden económico en cuanto interesan al hombre.

Esta sensibilidad no es un vago sentimentalismo (a que reducen algunos el término: "sensibilidad social"), ni un idealismo vago y etéreo. Pero tampoco son los postulados de la Teología en materia económico-social fórmulas rígidas ni programas hechos. Son criterios operantes que se pueden y se deben aplicar —con inteligencia— a los casos concretos; son principios de orientación que señalan positivamente exigencias y metas; son normas a la vez negativas que indican qué providencias se han de descartar en absoluto.

Esto, que acabamos de decir, responde a los que hubieran esperado, como conclusión de este artículo, "algo más efectivo". Que reflexionen en la efectividad de primer orden que dimana de un fin, de una meta, concebida, no como algo extrínseco a la decisión por tomar, sino como su principio orientador. Efectividad tanto mayor cuanto que opera constantemente, aplicándose a todas las situaciones, flexible y exigente a la vez. Además este fin, como dijimos, aun en el plano especulativo, es susceptible de condicionamientos más particulares, y en último término, ha de ser de la colaboración del teólogo con el economista y técnico (que podrían por lo demás identificarse en la misma persona) de donde ha de resultar la planificación económica concreta.

Alguno podrá tal vez imaginarse, si no ha comprendido bien lo dicho, que el Teólogo aspira a una hegemonía universal, a una Teocracia, a reducir a los demás a un papel de meros ejecutores de sus designios. No. El teólogo, consciente de la armonía y unidad de fondo que hay en la obra de Dios y deseoso de cooperar en el ordenamiento y progreso del universo, quiere aportar sus propias luces a la obra. Estas luces de arriba, por decirlo así, lejos de suplantarse la luz de la razón humana, la asegurará en su valor y rectitud. Iluminarán además las realidades y condiciones materiales del mundo económico, mostrando su profundo significado humano y teológico y asegurando al economista, en la fidelidad a la realidad mejor comprendida, el cumplimiento de su misión trascendente: la de construir y en realidad reconstruir no solamente la ciudad del hombre, sino también en último término la ciudad de Dios.